

Maurizio Ferraris
Reconstruir la deconstrucción
bajo la bandera del realismo

Maria Albèrgamo

*A*demás de ser uno de los filósofos más importantes del momento, Maurizio Ferraris ha dado inicio a un debate filosófico en torno a realismo y postmodernismo, acogiendo ante todo bajo la cobertura del «nuevo realismo» la exigencia de una decidida reacción contraria a las posturas postmodernistas, que habría que superar. El debate se abrió en Italia, para extenderse después a Alemania, México y otros países, con una intervención de Ferraris en las páginas del diario La Repubblica el 8 de agosto de 2011 que al año siguiente sería recogida en un libro editado por Laterza bajo el título de Manifiesto del nuovo realismo, y que en breve aparecerá traducido al español por Biblioteca Nueva.

Desde 2011 y hasta hoy, numerosos pensadores, Searle, Eco, Severino, Putnam y Vattimo entre ellos, han participado en el debate sobre nuevo realismo y postmodernismo, que ha dado origen igualmente a la celebración de congresos en Bonn, Nueva York y Turín. Una información completa sobre este debate puede encontrarse en el link: <http://nuovorealismo.wordpress.com>.

La presente entrevista sigue el camino abierto por dos trabajos publicados anteriormente por la Revista de Occidente: «Realismo positivo», del propio Maurizio Ferraris, aparecido en el número de junio de 2013, y el artículo de Umberto Eco «Hay cosas que no se pueden decir. En torno al realismo negativo», publicado exactamente un año antes, en junio de 2012, con una presentación del semiólogo Jorge Lozano en la que se recuperaban temas que el maestro había analizado en obras anteriores como Opera aperta (1962) o I limiti dell'interpretazione (1990).

A propósito precisamente de tales límites, el curioso juego entablado por los títulos de los artículos aparecidos en la Revista de Occidente abre una fecunda perspectiva de reflexión a los lectores al explicar la diferencia entre negativo y positivo, entre las «cosas que no se pueden decir» y las «cosas que existen independientemente de nuestra voluntad o que existen solo en función de nuestra voluntad».

Maurizio Ferraris es muy claro: «Un realismo no puede ser nunca radicalmente negativo. Es el espíritu el que niega siempre. La realidad afirma» («Realismo positivo», p. 47). Para el filósofo del nuevo realismo hay «un núcleo incorregible del ser» frente al cual reivindica una actitud filosófica de reconstrucción, lo que es muy importante, en la medida en que tiene en cuenta las «zonas del ser no construidas socialmente» (véase más abajo) y por tanto la distinción entre objetos construidos y objetos no construidos.

Nos corresponde a nosotros, lectores y lectoras, profundizar y entender cuáles son estos, y cómo pueden ser incluidos entre unos u otros «bajo la bandera del realismo».

—Profesor Ferraris, usted ha atribuido una fecha muy concreta al nacimiento del nuevo realismo. ¿Podría darnos una definición esencial del mismo? ¿Y cuál es la razón de haberse elegido esta etiqueta lingüística?

—Fue el 23 de junio de 2011 a las 13'30, en el restaurante «Al Vinacciolo», Via Gennaro Serra 29, Nápoles. Puedo precisar tanto porque aquel día nos reunimos allí Markus Gabriel, un joven y brillante filósofo alemán, un doctorando italiano, Simone

Maestroni, y yo mismo, con ocasión de estarse celebrando un seminario en el Istituto Italiano de Studi Filosofici. Markus estaba creando un centro internacional de filosofía en Bonn y quería inaugurarlo con un gran congreso. Les dije que el título más adecuado para este sería «New Realism», que expresaba lo que a mi juicio es el rasgo fundamental de la filosofía contemporánea, un cierto cansancio con respecto al constructivismo, es decir la tesis de que todo es una construcción del lenguaje, de los esquemas conceptuales, de los medios. No, algunas cosas no son construcciones, y eso es bueno, ya que de otro modo no podríamos distinguir entre sueño y realidad. Anuncié el congreso unas semanas después, en un artículo aparecido en *La Repubblica* el 8 de agosto de 2011, y a partir de ese momento el debate no ha cesado, en Italia y en otros países.

Hay quien, con incurable optimismo (porque un artículo de periódico no basta para desencadenar un debate de tales proporciones), ha dicho que todo ha sido un montaje mediático. Evidentemente, semejante interés también me ha asombrado a mí, que llevaba veinte años manteniendo una posición realista sin que ello suscitase un especial alboroto. El 8 de agosto, precisamente el día en que la denominación se hizo oficial con el artículo en *La Repubblica*, estaba en el aeropuerto de Atenas cuando empecé a recibir una avalancha de *sms* y *mails*, como si aquel nombre hubiese atrapado un aspecto de eso que confusamente llamamos el «espíritu de nuestro tiempo». Por una coincidencia casi perfecta, el 7 de agosto de 2013, en el Congreso Mundial de Filosofía Ernest Lepore leyó la conferencia de Umberto Eco sobre el realismo antiguo y el nuevo, y se me hace difícil creer que Eco (realista por otra parte desde hace décadas) sea una persona que ceda fácilmente a sugerencias mediáticas. Una última precisión sobre el nombre: a Gabriel le hablé de «New Realism», en inglés, porque estábamos hablando en inglés y porque se había previsto que el congreso fuese en in-

glés. Pero naturalmente en el *Manifiesto del nuovo realismo* se habla de «nuovo realismo», en italiano, lo mismo que Markus, en su *Warum es die Welt nicht gibt* (Ullstein 2013) habla de «neue Realismus», en alemán, y Mauricio Beuchot y José Luis Jerez, en su *Manifiesto del nuevo realismo analógico* (Buenos Aires, Círculo Hermenéutico 2013) hablan, en español, de «nuevo realismo». Apunto esta obviedad porque no han faltado individuos inteligentes y profundos que han reflexionado por su cuenta y riesgo sobre la supuesta anglofilia provinciana que explicaría el haber elegido la denominación de «New Realism», en inglés.

— *¿El nuevo realismo supone necesariamente el fin o la superación del pensamiento de la postmodernidad? Y si es así, ¿de qué manera?*

— El nuevo realismo es una crítica del construccionismo paralela a la de tantos otros movimientos presentes en la filosofía contemporánea (como por ejemplo el «realismo especulativo» de Harman y Meillassoux). Desde este punto de vista, comporta una crítica no solo del postmodernismo, sino, más en general, de la filosofía de los dos últimos siglos, caracterizada por lo que Meillassoux llama «correlacionismo», es decir la idea de que los objetos existen únicamente en relación con unos sujetos, y que yo denuncio como confusión entre ontología (lo que es) y epistemología (lo que sabemos o creemos saber a propósito de lo que es). Ahora bien, más que criticar el postmodernismo y, de forma más general, el correlacionismo y el constructivismo, el nuevo realismo trata de sustanciar sus afirmaciones. Hay zonas del ser que están construidas socialmente, y estas son los objetos sociales —como puedan ser las entrevistas, las revistas y movimientos filosóficos como el postmodernismo o el nuevo realismo. Y existen otras zonas del ser que no están construidas socialmente, como por ejemplo los objetos naturales (las entrevistadoras, los entrevistados, los postmodernos, los nuevos realistas). Evidentemente,

hay mucha construcción social que forma parte de la vida de las entrevistadoras y los entrevistados, tanto si estos son nuevos realistas como si son postmodernos. Defender que los latidos del corazón o la respiración de los postmodernos y de los nuevos realistas han sido construidos socialmente, o incluso que el pulso o la respiración de los postmodernos están socialmente construidos mientras que los de los nuevos realistas no lo están, me parece absurdo. Bien, pero cuando mi maestro Derrida escribía «nada existe fuera del texto» eso suponía que también el pulso y la respiración están socialmente construidos. Una tesis excesiva que en última instancia quiere decirlo todo y no dice nada, y que se expone a fáciles ironías. Mientras que si afirmamos que «nada de lo social existe fuera del texto» sí estamos diciendo algo que nos hace entender mejor el funcionamiento del mundo social. Por ejemplo, sin textos no existirían ni el postmodernismo ni el nuevo realismo –lo que no sería una tragedia–, pero tampoco las cuentas bancarias, ni los pagos aplazados, ni las pensiones, ni los compromisos, ni las vacaciones, ni las relaciones sentimentales, ni las crisis místicas. Resumiendo, no existiría una gran cantidad de cosas importantísimas. Decir que «nada de lo social existe fuera del texto» pone en evidencia un rasgo distintivo del mundo social, y nos explica cuál es la razón de que los documentos sean tan importantes y la alta tecnología de estas últimas décadas, el mundo del ordenador y de los teléfonos móviles, esté esencialmente destinada a la producción de documentos. Todo un proceso que Derrida intuyó con una lucidez adivinatoria y profética. ¿Quién, en los tiempos en que se vaticinaba la muerte de la escritura, habría podido afirmar que a la escritura aún le quedaba hacer explosión e invadir el mundo, como efectivamente escribe Derrida en *Della grammatologia*? Pero toda esta riqueza se desperdicia en una afirmación tan fácilmente impugnabile como la de que «nada existe fuera del texto».

—*Nietzsche afirmaba que «No hay hechos, solo hay interpretaciones». ¿Cómo responde el teórico del nuevo realismo a la primacía de las interpretaciones sobre los hechos? ¿Hay más interpretaciones que hechos?*

—Si Nietzsche hubiera afirmado que hay más interpretaciones que hechos habría dicho la pura verdad, algo en lo que creo ciegamente. El problema es que dijo que no existen hechos, solo interpretaciones, una frase contradictoria en sus términos (si lo que dice fuese verdad, que solo existen interpretaciones constituiría un hecho, luego no sería cierto que no haya hechos sino solo interpretaciones) que como ocurre con frecuencia pasa a la historia y sirve para impresionar en los grandes momentos. «No hay hechos, solo hay interpretaciones», *voilà un homme*, este sí que es un filósofo! No alguien como usted y como yo, que si tuviésemos que comparecer ante un tribunal presidido por el lema «no hay hechos, solo interpretaciones» nos sentiríamos cualquier cosa menos tranquilos. Ahora bien, si en el caso de la afirmación de que «no existe nada fuera del texto» era posible hacer una precisión que la convertía en algo absolutamente razonable, en el caso de la frase de Nietzsche otra precisión demuestra la absoluta insensatez de la tesis. Tomemos la tesis: «no hay hechos, solo interpretaciones». Parece razonable y profunda, así como confirmada por la experiencia (pero, fijémonos bien, por la experiencia negativa, la de la frustración y la injusticia). Cambiemos ahora dos letras y tendremos: «no hay fechas, solo interpretaciones». Bien, intente decírselo al empleado de la compañía aérea que le advierte de que sus documentos de identidad están caducados y no puede embarcar, ¡y que tenga suerte! Por no hablar de cómo se sentirá si al pedir leche en una tienda le contestan: «no hay leche, solo interpretaciones». Pensará que le están tomando el pelo, que hubiese bastado con decir que no hay leche, sin añadir la memez esa sobre las interpretaciones.

—*La expresión «el retorno de los hechos» chirría, contradice los fenómenos actuales del remake, del remix, de la reelaboración, de la falsificación. ¿Está usted de acuerdo?*

—No es que los hechos retornen, lo que pasa es que nunca se habían ido. Incluso en el momento de mayor apogeo del *remake*, si su documento de identidad está caducado usted no embarca, y si no hay leche no hay leche. Incluso en el momento de mayor apogeo de la falsificación, si usted presenta un documento falso o vende leche adulterada será perseguible por la ley. Es un hecho, un hecho firme, indubitable e incontestable, que la proliferación de aparatos de registro —teléfonos móviles, tabletas, ordenadores y ese inmenso archivo que es la *web*— ha hecho infinitamente más fácil el *remake*, el *remix*, la reelaboración. En este momento, contando simplemente con un portátil y una conexión *wifi*, tengo a mi disposición un archivo literario, visual, sonoro mayor que si me encontrase en plena biblioteca central de Harvard, experiencia literalmente inimaginable hace veinte años e incluso menos. Esto es fundamental, y solo a partir de este hecho, que tiene unas condiciones tecnológicas y expresivas concretas, se explican el *remake*, el *remix*, la reelaboración, la falsificación. Hacer *remakes* o *remix* en una época de pocos libros, pocas imágenes, una época de papel, pluma y tinta, era una empresa ímproba. Esa debe de ser la razón de que hubiese tanta gente que se dedicaba con gusto a la falsificación, gusto que evidentemente hoy aún no se ha perdido porque a fin de cuentas resulta más cómodo imprimir billetes falsos que ganar dinero trabajando honradamente.

—*Las prácticas del remix son relevantes en la cultura software y en la actual revalorización de un pensador como Marshall McLuhan. ¿Qué piensa sobre ello usted, que ha escrito una Ontología del telefonino*?*

* Existe una edición española, *¿Dónde estás? Ontología del teléfono móvil*. Marbot, Barcelona, 2008.

—McLuhan fue un gran pensador y un hombre con gran sentido del humor. A él le debemos una declaración fundamental: «Procuro no predecir nunca nada que aún no haya ocurrido». Desdichadamente hubo un caso, y no de poca importancia, en que no se mantuvo fiel a ese principio. Fue cuando sostuvo que la era de la escritura había tocado a su fin. Claro que suponemos que en aquella época de teléfonos y televisiones, a mediados de los años cincuenta, se podía seriamente considerar que el fin de la escritura era un hecho que ya se había producido, pero, también aquí, el hecho es que las cosas han evolucionado en un sentido diametralmente opuesto. Estamos rodeados de escritura: basta con que pensemos en que esta práctica eminentemente oral que es la entrevista la estamos llevando a cabo por escrito, y con recíproca satisfacción, y sobre todo en que (cosa imposible de imaginar hace un tiempo) es más rápido hacer una entrevista por escrito que oralmente. El ejemplo más clamoroso de revancha de la escritura sobre la voz ha sido precisamente el teléfono móvil, y esta es la razón de que le haya dedicado un libro. En el fondo, cuando el móvil hizo su irrupción en nuestro mundo, era la realización del sueño de Platón en el *Fedro*: se acabó la escritura que recorre el mundo sin poderse defender ni atacar, ya siempre y únicamente diálogo, respuesta, rectificación, palabra viva, y palabra ubicua, porque, liberado de la esclavitud del cable, el teléfono podía ser accesible en cualquier parte, y en todo momento, en casa o a orillas del Ilisos, Sócrates y Fedro podrán hablar cuanto quieran. Como sabemos, las cosas han ocurrido de otra manera. En cierto momento, en la máquina de hablar aparecieron las teclas de la máquina de escribir, y ya no se han ido de allí. Poco a poco dejamos de hablar y empezamos a escribir de nuevo, y hoy nos pasamos todo el día escribiendo. Cuando no escribimos, leemos, en el móvil, que entre tanto se ha hecho más grande para facilitar la lectura y la escritura. Y en los raros momentos en que no escribimos ni leemos, registra-

mos, esto es convertimos el «*verba volant*» en «*scripta manent*»: hoy es radicalmente inconcebible una experiencia como la descrita por Baudelaire en *À une passante*, la de la belleza fugitiva que desaparece para tal vez no reaparecer nunca más, experiencia en la que resuena el eco del «*nevermore*» de Poe, y en cierto modo la esencia de la modernidad como novedad y caducidad. En nuestros días Baudelaire podría fotografiar a la viandante con su móvil (muy diferente al complicado instrumental de Nadar), para empezar luego a perseguirla con solicitudes de amistad en Facebook. Es evidente que estas condiciones favorecen, más que la novedad, la caducidad y la fugacidad, la repetición, la permanencia y la escritura. Y está claro, sin querer disminuir en nada la grandeza de McLuhan, que la profecía de la desaparición de la escritura es la más equivocada que se pueda imaginar (junto con aquella otra de un colega por otra parte sumamente perspicaz que a principios de este siglo previno de la desaparición del móvil). Por supuesto, no deja de ser irónico que el profeta del fin de la escritura haya sido homenajeado por Canadá, en el centenario de su nacimiento, con un sello de correos.

—*En los últimos tiempos la Revista de Occidente ha dedicado dos números a los temas del secreto y de la transparencia, con una referencia explícita al fenómeno WikiLeaks. ¿Qué piensa de ese fenómeno usted, que ha dedicado páginas tan interesantes a la cuestión del registro?*

—Si se piensa bien, el caso WikiLeaks es muy tradicional: un señor accede a unos documentos (deliberadamente creados como tales) y los publica. Junto a este acontecimiento tan llamativo en nuestros días se produce sin embargo algo mucho más discreto y radical: la absoluta desaparición del secreto, una desaparición estructural, típica de nuestra sociedad que, mucho más que una sociedad de la comunicación, es una sociedad del archivo. Una sociedad en la que se asiste a la producción masiva y automá-

tica de archivos, es decir de documentos en potencia. No era así hasta hace no mucho tiempo: uno salía de casa, iba al restaurante, compraba un billete de tren, hacía una llamada telefónica, echaba una carta en el buzón. De todos estos actos, el único que en rigor podía ser interceptado (porque suponía la existencia de un registro) era el último. Hoy pueden serlo todos. De donde se deducen tres circunstancias que convierten cualquier secreto en un secreto a voces. En primer lugar, el registro tiene un coste bajísimo. En la Alemania Democrática de *La vida de los otros*, para espiar a dos personas se necesitaban otras dos. Hoy cualquiera de nuestras búsquedas en Internet es rastreada automáticamente, en una operación que constituye la más clara aproximación posible a la lectura del pensamiento. En segundo lugar, existe una gran facilidad de publicación. Que en estos momentos haya quinientos millones de personas en Facebook significa que esos quinientos millones de personas han decidido conscientemente tener poquísimos secretos (que luego sean interesantes es harina de otro costal). En tercer lugar, acceder a los registros es también facilísimo. En Google existen informaciones sobre millones de individuos: pueden ser verdaderas o falsas, y con frecuencia no están puestas al día, pero eso no quita para que existan, y en pocos minutos se obtiene lo que hace pocos años hubiera requerido meses de investigaciones en hemerotecas, archivos y censos de población (con la ironía de que, mientras buscamos información sobre otros estamos dando información sobre nosotros mismos). En el momento en que todo está registrado, lo único que puede salvaguardar el secreto es la dificultad técnica (mucho más que la legal, visto que las leyes siempre son burladas por los *hackers*) para acceder a él. Y así puede ocurrir que algo formalmente público se revele en la práctica como secreto. Por ejemplo, los documentos relacionados con la compraventa de armas en 115.000 comercios de Estados Unidos están rigurosamente registrados en papel, porque en el Congreso

el *lobby* bipartidista de las armas quiere mantener el secreto. Y lo hace de la manera más simple, acumulando las matrices de los recibos en un edificio no muy alejado de Washington, el National Tracing Center: buscar el documento (público y en principio en absoluto secreto) sería en este caso como buscar una aguja en un pajar. Pero precisamente esta circunstancia nos invita a reflexionar. La extrema accesibilidad de los documentos que, consciente o inconscientemente, no dejamos de producir se explica porque —a diferencia de lo que ocurre en la compraventa de armas— se trata de documentos digitales. Es decir, con el tiempo, sumamente expuestos al deterioro. De este modo, todo lo que producimos en materia de registros podría desaparecer por completo, debido a la fragilidad de los soportes. La paradoja que se vislumbra es que de la sociedad más informada y carente de secretos de la historia universal no quedará nada, porque todo será borrado y condenado al olvido más absoluto. En tal caso, después de haber experimentado en vida la total desaparición de nuestros secretos, se nos podrán aplicar aquellas palabras de Marco Aurelio (conservadas gracias a que no fueron escritas en un soporte digital): «Cercano está el tiempo en que habrás olvidado todo, cercano está el tiempo en que todos te olvidarán».

—*¿Cuál es pues el papel que puede desempeñar la hermenéutica?*

—Un papel importantísimo, tanto más importante cuanto más clara sea la distinción entre objetos naturales, que existen en el espacio y en el tiempo independientemente de los sujetos; objetos ideales, que existen fuera del espacio y del tiempo con independencia de los sujetos, y objetos sociales, que existen en el espacio y en el tiempo dependientemente de los sujetos —y por tanto, añadido, de la memoria, de los documentos y de los registros. La primera tarea que debe cumplir la hermenéutica es distinguir entre estos tipos de objetos, esa es la primera y más importante de las interpreta-

ciones, y aquella precisamente que la hermenéutica con frecuencia se niega a llevar a cabo, limitándose a hacer afirmaciones obvias («existen interpretaciones y no solo hechos») o falsas («no hay hechos, solo interpretaciones»). En suma, mientras que la semiótica, por ejemplo, está empeñada en un gran trabajo de formalización y análisis, la hermenéutica es en mi opinión un ejemplo de razón perezosa, y muy a menudo simplemente de razón escéptica. Por ejemplo, los del oficio están convencidos, y no podemos culparles por ello, de que todas las florituras de la hermenéutica del siglo XX dieron como resultado no se sabe bien qué sofisticaciones teóricas. Y evidentemente quedan desilusionados cuando se les explica que no, que en hermenéutica no ha habido progreso alguno desde los tiempos de Alejandría y Pérgamo, y que las pocas aportaciones que se han podido hacer en el siglo XIX, como la idea de Schleiermacher de que toda comprensión, incluida la de frases sencillas del tipo «hoy es domingo», exige una interpretación, o la idea de Nietzsche de que no existen hechos, sino solo interpretaciones, son probablemente falsas. Esto es, si hay un reproche que quisiera hacerle a la hermenéutica es que no ha interpretado bastante, más aún, que no ha interpretado nada, sino que se ha limitado a decir que Freud o Nietzsche se sirven de la hermenéutica, que la hermenéutica es importante para no dejarse engañar por los *mass media*, que las encuestas hay que interpretarlas. Cosas justísimas todas ellas, pero que se limitan a hablar de hermenéutica y en absoluto suponen hacer hermenéutica. Es como si uno fuera al médico buscando que le curase, y el médico empezase a hablarle de Esculapio y de Pasteur, y de la importancia de la medicina. La función esencial de la hermenéutica, aunque parezca una banalidad decirlo, es interpretar. Y por tanto, lo primero que hay que entender es si nos encontramos ante objetos sociales o naturales, y mostrar luego las relaciones, pero también las diferencias, entre lo social y lo natural. Por ejemplo, yo soy un cuerpo viviente y un profesor, decir que

soy solo un cuerpo viviente es una tontería, ¿por qué entonces ha de ser inteligente sostener que soy solo un profesor? Desde este punto de vista, y es una cuestión en la que me detengo mucho en el *Manifiesto del nuevo realismo*, mi ontología social no es más que el intento de hacer útil la hermenéutica, que es la tradición en la que me he educado. Y es sorprendente que individuos serios e inteligentes hayan visto en el realismo un ataque a la hermenéutica en cuanto tal, hasta el punto de que un sagaz reseñista del *Manifiesto* ha creído que era un buen argumento contra mi libro señalar, pensando haber hecho un gran descubrimiento, que también yo llevaba a cabo en él una interpretación. Le llamé para tranquilizarle diciéndole que nunca había dudado de que mi libro, como cualquier otro libro, incluida la guía telefónica, es un hecho que contiene interpretaciones. Pero el cacumen de hombres tan originales tal vez se encuentre ofuscado por el hecho de haber escrito y hablado tanto de hermenéutica sin haberla practicado. Afortunadamente no siempre es así, y por eso encuentro especialmente significativo el hecho de que, con mucha mayor lucidez, Mauricio Beuchot y José Luis Jerez hayan visto en el nuevo realismo un elemento esencial para el desarrollo de la hermenéutica.

— *¿Qué supone, si es que supone algo, para la estética, para el marketing del arte o para el arte contemporáneo, el desplazamiento del postmodernismo al «realismo»?*

— Obviamente, el gran debate desencadenado por el nuevo realismo ha tenido un gran eco en las artes visuales, en la arquitectura, en la literatura, porque las artes están estructuralmente atentas a las novedades. Pero sobre este punto me gustaría hacer dos precisiones. La primera en relación con la literatura. Efectivamente, el rasgo característico del realismo consiste precisamente en que desmiente el principio de Aristóteles según el cual es mejor una falsedad verosímil que una verdad inverosímil. Esa es una

ley válida en retórica, o en la administración de las pruebas en los tribunales, pero no en literatura. Pues la realidad supera la ficción, aunque solo sea porque es más neta, más seca, más imprevisible y poética, y esta circunstancia está en el origen del realismo literario de cualquier época, y por tanto también de las «composiciones mixtas de historia e invención» que abarrotan el panorama cultural contemporáneo. De los materiales judiciales utilizados por Saviano en *Gomorra* a la multitud de personajes rigurosamente históricos (además de recetas de cocina rigurosamente filológicas) que pueblan *El cementerio de Praga* de Eco, pasando por las no declaradas incursiones en Wikipedia de Houellebecq en *El mapa y el territorio*. Si las cosas son así, se hace especialmente difícil establecer qué cosa sea «realismo» en literatura, o, mejor, encontrar una literatura radicalmente antirrealista. Pero, bien mirado, las cosas siempre han sido así. Incluso las novelas de caballería que arruinan la imaginación de Don Quijote desbordan realidad, y si al hidalgo se le mete en la cabeza que Aldonza Lorenzo es Dulcinea del Toboso, no es culpa suya. Por tanto, en literatura el nuevo realismo no significa entender el arte como reflejo de la realidad sino, todo lo contrario, entender lo que la fantasía debe a la realidad. En esta misma función de autoconciencia (por decirlo así) se basa la consideración que quisiera desarrollar, y que se refiere a las que ahora, también impropriamente, se denominan «artes visuales», que se han ido haciendo cada vez más conceptuales, o, más exactamente, contractuales. Kant decía que lo propio del arte es hacer «pensar mucho». ¿Pero qué pensamientos suscitan estas obras? Interrogantes de índole esencialmente jurídica. Por ejemplo: ¿quién es el autor, si este se limita a dar unas instrucciones? Desde luego una figura que puede ser despótica si, como Seth Siegelau, prescribe en el contrato de ejecución que incluso el menor cambio comporta una alteración irreversible de la obra, o más despótica todavía, en un sentido perverso: el caso de Daniel Buren, que se abstiene rigu-

rosamente de firmar o autenticar sus propias obras. Y aún más: el comisario de un museo o de una exposición ¿es un autor, desde el momento que su responsabilidad excede con mucho la gestión de un espacio expositivo? Actuando de esta manera, el arte contemporáneo se limita a poner en primer plano una característica propia de las obras de cualquier época y de cualquier tipo. Una dimensión documental ha definido siempre el horizonte del arte, que es constitución de objetos sociales. Por lo que, como cualquier otro objeto social, la obra la define una ley que he intentado plasmar en la fórmula Objeto = Acto Inscrito. Lo que equivale a decir que los objetos sociales son el resultado de actos sociales (en los que participan al menos dos personas) que se caracterizan por el hecho de haber quedado inscritos, en un trozo de papel, en un archivo de ordenador, o incluso simplemente en la cabeza de una persona. En este sentido, el arte «contractual» es hiperrealista, en cuanto que manifiesta la plena conciencia de su propia naturaleza y sus condiciones de producción. Si el postmoderno ha insistido mucho en la idea de que el mundo real se ha convertido en fábula, el nuevo realismo sugiere más bien que siempre ha sido *tabula*, soporte de inscripciones, documentos, registros que nada tienen de fabulosos o imaginarios (quien tenga dudas al respecto que piense en cómo se siente uno al perder una tarjeta de crédito o el teléfono móvil).

—*Ha hecho referencia usted a la memoria y al archivo. ¿Podría decir algo más a este propósito?*

—El archivo es un elemento fundamental para la conservación de la realidad; diría casi que el realismo, en el mundo social, se inició con el archivo. Le pongo un ejemplo muy concreto. El 27 de enero de cada año se celebra el Día de la Memoria, pero si la Shoah hubiese ocurrido en la era de Internet, si la orden de Goering se hubiera dado en 2042 y no en 1942, existiría el muy fundado peligro de que en 2310, desaparecidos todos los testi-

monios, ya no quedase huella alguna de ella. Ninguna orden de Goering sobre la solución final (que sería un email perdido quién sabe dónde), nada de listas de documentos, nada de películas (peligro que después de todo acecha ya a tragedias recientes: ¿cuánto tiempo durarán las fotos de niños sirios asesinados con gas si solo se conservan en formato digital?), nada de nada. No habría Día de la Memoria, porque no se sabría qué recordar, o bien ese día, en abierta contradicción con su esencia, sería un rito misterioso, con el que celebrar la memoria de un acontecimiento de contornos vagos e inaprensibles. Un segundo ejemplo, menos trágico pero igualmente macroscópico. Se habla mucho de las bondades y los defectos de Wikipedia. Yo aprecio muchas de sus bondades (en ella, por ejemplo, se puede corregir una voz, mientras que si la corrección la haces en la Enciclopedia Británica nunca más te prestarán un libro en la biblioteca), pero le veo un defecto fundamental: no se sabe cuánto durará. Si la compañía que la gestiona quiebra, o si una guerra que afecte a las memorias (y las próximas guerras serán seguramente de este tipo) cierra Wikipedia, lo sabremos todo sobre el siglo XX y nada ya sobre el XXI. En este caso el problema al que habrá que enfrentarse no será tanto el (gravísimo) de la selección, la verificación y la jerarquización de las fuentes, sino el (literalmente apocalíptico) de la desaparición total de los documentos, o de su supervivencia marginal, hiperselectiva y absolutamente casual. Un tercer y último ejemplo, que al fin y al cabo nos atañe a todos. Se habla mucho de proporcionar a nuestros herederos claves de acceso a nuestros archivos informáticos, pero tampoco aquí sabemos cuánto durarán las compañías que deberían gestionar estos servicios. Y no son muchos los que se dan cuenta de que todo lo almacenado en sus ordenadores está destinado a desvanecerse o a resultar ilegible pocos años después de su muerte, por lo que, habiendo tenido todas sus vidas hiperdocumentadas a través de *mail*, *sms* y fotos, de ellas no quedará nada, ni tan siquiera un

nombre. Por eso sería útil sugerir a los mortales (es decir a todos nosotros) que impriman en papel de buena calidad aquello que quieran transmitir. Esta es la razón de que resulte fundamental plantearse cuál será el futuro de la memoria y del archivo: ¿cuánto tiempo se conservará la enorme cantidad de documentos que creamos intencionadamente, y los aún más numerosos que producimos sin intención alguna de hacerlo, en cada instante de nuestra vida, con cada decisión de la sociedad? Considerando las cosas en su conjunto, los debates sobre la privacidad, por urgentes que sean, parecen tener una importancia secundaria al lado de este problema en el que, me gustaría destacarlo, no tenemos ningún tipo de experiencia, dado lo muy reciente del cambio tecnológico. La situación es paradójica, y plantea lo que podríamos definir como el «mal del archivo», que consiste en que, estando todo archivado, todo puede desaparecer, hasta el punto de que no quepa descartar que de la época más documentada de la historia queden solo finalmente las palabras escritas sobre las tumbas y poco más. Lo que así llegaría a generarse sería el fin de la realidad social, algo que podríamos bautizar «Amnesy International».

M. A.

Traducción: *Alfredo Taberna*.